





# LA BROMA.



TORERO POLITICO. Paseo de la cuadrilla.

IMP. Y LIT. N. GONZALEZ, MADRID.



y mi reputación así se hunda.  
Si la chica, llevada del demonio,  
en su querrela natural se obstina,  
no hay más que deshacer el matrimonio  
con prudencia y reserva, á la sordina.  
—Discurris, señor duque, como un zote....  
¿no veis que habrá que devolverle el dote?  
¿Y qué, he pasado yo tantos apuros  
para pescar ese millón de duros  
y venir á soltarlos  
antes de los dos meses de atraparlos?  
No puede ser, no quiero;  
yo necesito todo ese dinero.  
Vos que teneis monita y don de gentes  
escribidle á seguida á esa chiqueta  
con palabras melosas y prudentes;  
y si persiste luego y se rebela,  
yo tomaré el asunto á mi cuidado  
y os prometo dejarle asegurado.  
Lector, lo que me queda por contarle,  
pide punto y aparte.  
En mi desco de agradarte fía,  
y dejemoslo aquí para otro día.

TROTOS.



Dos banquetes se celebraron el lunes 26 en el nuevo restaurant *Ofrenda-Ayala*, y los dos tuvieron por objeto honrar al insigne novelista Sr. Perez Galdós. Conste que fuimos los primeros en elogiar á los iniciadores del banquete. Asistimos al almuerzo, ó fiesta económica de á 3 pesetas por barba, y salimos de ella muy complacidos. Perez Galdós fue saludado con una salva de aplausos que se prolongó durante algunos minutos, mientras el autor de esa hermosa del *Quijote* que se titula *La Desheredada*, recorría el estrechísimo é incómodo salón del restaurant nuevo, que parece una jeringa, y Vds. perdonen la comparación.

En cuanto al banquete ó comida de cinco duros por cubierto, LA BROMA supió una, casi pesada. Figurese Vds. que en cuanto se anunció que en la librería del Sr. F. se recibían las adhesiones y las 25 pesetas, acudimos presurosos, pagamos en moneda de buena ley, y recibimos la papeleta de consignación en lista, que entonces era poco numerosa, pues aquel día no pasaban de quince los inscritos.

Después, el sábado 24, cambiamos el recibito provisional por el elegante tarjetón dibujado por Melida, pasaporte que habia de darnos acceso al comedor y puesto en la mesa.

Llegó el día feliz y la hora anunciada, que eran, el lunes 26 y las siete y media de la noche.

Un bromista de esos que todo lo critican, nos entretuvo pocos minutos en la esquina de la Carrera de San Jerónimo, diciéndonos si el banquete habia de estar mal organizado, si el local no era apropiado, si no habia guardarropa, si esto y lo otro y lo demás allá... Tratamos de convencerle de que ninguna de sus críticas era fundada; y á las siete y treinta y cinco minutos presentamos nuestro billete, y entramos en el cráter del volcan, digo, en el comedor del restaurant-jeringuilla.

Estaba lleno de bote en bote; ó el número de los contribuyentes no estaba bien calculado, ó no se contaba con las condiciones del salón; le recorrimos pasando la pena negra, codeándonos con los mozos que apenas podían rebullirse: buscamos un puesto, una silla, un espacio que no tenia que ser de grande anchura, dado el corte de nuestra flaca humanidad... ¿Qué si quieres!

—Por aquí no hay sitio... pase Vd. más allá.  
—Abajo hay un clarito: aprovéchale.  
—Arriba es donde hay lugar: sigue de frente.  
—Por aquí, por allá, á la derecha... á la izquierda.

Esto nos decían unos y otros; y cruzamos dos veces el comedor, sin averiguar quien estaba encargado de designar los puestos á los que habíamos pagado, ni quien habia de dirigir la instalación de los comensales.

En resumen: todos comían con el mejor apetito, y no habia comision que se dignara indicar el medio de dar asiento á un comensal que se habia retrasado algunos minutos. A todo esto, y para mayor broma, un camarero que conducía un cargamento de platos llenos de ostras... ya desahogado, se obstinó en pasar por el estrecho hueco que habia entre la pared y los respaldos de las sillas: le rogamos que retrocediera para dejarnos libre la salida; no pudo ó no quiso hacerlo; empujó con su pirámide de platos, y éstos rodaron junto á una puerta. La cual abrimos para buscar la calle, como en efecto la buscamos; y renunciando al gusto de comer en honor de Perez Galdós, ya que en su honor habíamos almorzado por 3 pesetas, añadimos algunas á las 25 malogradas, y pasamos la chacota en otro restaurant.

Decimos todo esto, caballeros, para que otra vez, cuando se organicen fiestas tan simpáticas como las que el día 26 se celebraron, se haga lo que es de usanza en todas partes: nombrar una comision que la dirija, hasta en los más pequeños detalles, para evitar que un ciudadano que padece del estómago y paga sus cien reales como cada hijo de vecina, tenga que privarse del gusto de comer, y del recuerdo de haber asistido al banquete, queriendo y pudiendo estar en él.

Ahora, si la comision cree justa la devolución de las 25 pesetas que abonamos al Sr. F. y de las cuales no hemos hecho más consumo que el tarjetón para la entrada, puede enviarlas á la casa de Socorro del distrito del Congreso ó á la de Maternidad, ó regalar con ellas un objeto de arte al arrogante cura Bocos, el célebre guerrillero oratorio de San Sebastian.

Y en paz.

No hay que apurarse: el número monumental está ya en estampa; pero como se trata de una edición de muchas resmas, y son seis las tiradas en colores, requiere bastantes días para que todo salga á pedir de boca.

La lámina se refiere á la campaña de nuestro periódico sobre *La Boda del Niño*, y es debida al lápiz de Saenz Hérniz, por otro nombre, *Mecachis*.

Se reciben notas de los pedidos.

Dice un periódico, que ni aun después de aprobada en la Cámara popular la fórmula votada en el Senado para el juramento, tomará asiento el Sr. Montero Rios en el Congreso.

Parece—añade el colega—que aun después de esto quedan algunos escrúpulos al jefe civil de la izquierda dinástica.

Si, D. Eugenio es muy escrupuloso.  
Una especie de Micfuz, que no sabe si comerse el asador.

Una noticia que corre:  
Vuelve el duque de la Torre.

Y yo me atrevo á decir  
que ya le vemos venir.

Viene el hombre decidido  
á organizar su partido.

Y hoy me dijo don Manuel:  
¿Y quien lo organiza á él?

El alcalde de Madrid saldrá mañana para los Santos de la Humosa.  
Es un señor que está saliendo todos los días.  
Mas que alcalde, parece una paloma mensajera.

Dícese que hay inteligencia entre los partidarios de Beranger y los de Sardoal.  
Pero ¿tienen eso?

Ya llegó el señor Loren;  
está bien:  
pero llegó disgustado,  
porque perdió en una hora  
su plaza el infortunado.  
¿Todo lo comprendo ahora!

La diputación provincial ha elegido á los Sres. Villalon y Presilla para asistir á la ceremonia del enlace de la Infanta.

Villalon á troche y tache  
se lucirá por la villa;  
en cuanto al señor Presilla,  
me alegraré que se abroche.

Al patriarca de las Indias me le van á hacer obispo de Huesca.

Y un periódico dice que seria bueno consultar antes al padre Gabino, para que dé su consentimiento.

El padre Gabino es aquel capellan de la Encarnación que prohibió la entrada en la Iglesia al patriarca, y se salió con la suya.

Ahora, si se le ocurre quedarse con la mitra, se queda. Porque él es así.

Becerra y Balaguer, que están ahora á partir un piñon, y vienen á ser los hermanos siameses de la izquierda, conferenciaron con Rosada Herrera, á fin de que la discusión del juramento comience cuando antes.

Cualquiera creeria que les importa algo eso del juramento.

Vamos á ver; figuremonos que mañana viene Carlos sétimo y les dice:

—Voy á formar ministerio y os necesito; pero teneis que jurar que Gabino Tejado es el patriarca de nuestros guapos.  
¿Lo jurais?

—Sí juramos! dicen ellos, indignadamente.  
Y se abalanzan á las cartillas como un río hombre.

Si, si, vayanse Vds. á estar zardos con escrúpulos de conciencia!

Sagasta se ha mejorado.

No fué más que un constipado  
producido por el fraque.  
Felicito á Cañamaque  
que salió de su cuidado.

El ayuntamiento ha votado 10.000 pesetas para la función teatral, con que se solemnizará el matrimonio de la Infanta.

Perfectamente.  
Y la Neópolis que se ha de hacer.

El Etna continúa vomitando humo.

Hay quien cree que tiene dentro una docena de izquierdistas desesperados.

Pero ¿cómo me convienen esas beneficencias, caballeros!  
Leamos:

«Ayer cantó su primera misa en el templo de Santa María el escritor y abogado D. Gregorio Perogordo.»

Ahora, dirijo los ojos al cielo y me abstraigo...

Tres mil personas serán invitadas al baile de Palacio.

¿Tres mil personas?...

¿Pues que bailen!

Dice un periódico benévolo:

«El director de Telégrafos se ocupa activamente del arreglo del personal de aquel cuerpo. A lo que parece, pone el dedo en la llaga.»

Con que ponga el dedo en la llaga y no ponga los telégrafos puntualmente en manos de los destinatarios, bastante hemos adelantado.

Hay sujetos terribles, y sinó veamos lo que dice un periódico de la situación:

«En la plaza Mayor fué detonado ayer tarde un sujeto que estaba promoviendo un gran escándalo y promoviendo

un gran escándalo y profiriendo insultos á las altas instituciones del Estado.»

Total, dos escándalos, y varios insultos.  
A un hombre así no debe llamársele *sujeto*; mejor seria llamarle Bocos.

## DOS PIELES Y TRES MANGUITOS

(Sucesos aristocráticos.)

I.

Cierto marqués, de título *Sagrado*, marchó á San Petersburgo destinado; y una bella duquesa cotorróna, que siempre acreditó ser muy gorróna, le encargó un par de pieles escogidas, de esas que se colocan extendidas, luciendo dorros de vistosas talas en muchas elegantes carretelas. Deferente el marqués, que comprendía lo que esta comision le suponía, y no siendo mezquino, excepto aquel *sabazo* femenino. Compró dos ricas pieles, las mejores que pueden trabajar los curtidores; y en la peletería, adquirió tres manguitos, que queria juntar, aprovechando la remesa: uno, para su esposa la marquesa, (residente en Madrid) y los restantes para otras dos señoras elegantes, ramas del propio tronco aristocrático al cual pertenecía el diplomático. (Perdonarán ustedes el estilo que al verso doy, por no soltar el hilo, y evitar que se enrede la madeja de esta rara y verídica historieja. Tal es la exposicion en que me fundo, y vamos al capítulo segundo.)

II.

Desfale el marqués á la duquesa: —«Mi siempre cara amiga (¡chúpate esa! esto lo añado yo): Con sumo agrado, su encargo de usted he despachado. Nada me diga usted sobre su importe, ni tampoco de gastos de transporte; es un recuerdo que mi afecto expresa... (esto ya lo sabía la duquesa). Pero he de molestarla, pues incluyo en el paquete suyo, tres soberbios manguitos de piel de oro, que á mi familia envío cariñosos: haga usted el favor de recibirlos, y en seguida que lleguen, trasmitirlos á mi esposa y su amiga, la marquesa, á quien hoy notifico la remesa. Por aquí nada ocurre de notable... con que beso á usted todo lo besable, y nada más por hoy... Punto, firmado, la rubrica y el título SAGRADO.» Tal fué la carta que entregó el cartero, y... vamos al capítulo tercero.

III.

Llegó bien el paquete: la duquesa, mandó enganchar, y pasó muy tiesa luciendo por doquiera, día y noche, cada vez una piel... de las del cuche. Trascurrieron dos días, tres, y cuatro: se la vió en el Retiro, en el Teatro; y en el Prado, una máscara burlona le dijo con malicia escarrona: —«¿Sabes lo que se cuenta por la villa? Pues circula una habilla: ¡dicen que ya Sagasta se ha cortado el pelo que tenia, y te lo ha dado!» Trascurrió otra semana; se la vió por la Fuente Castellana, y un maestro de escuela dijo al mirar la muelle carretela: —«¡Ay! ¡Dios! por esa piel... ¡cuánto daría! ¡Si quisieran cambiarla por la mía!» Pero ya á mi lector oigo que á critos me pregunta: «¿Qué fue de los MANGUITOS?» A eso vamos, señor, pero con arte, que es preciso poner punto y aparte.

IV.

Pasó mucho más tiempo; y una noche la duquesa del cuento fué en su coche al baile aristocrático que daba cierta noble matrona: en él estaba la esposa del marqués: se saludaron, y de aquel consabido hablaron. —«Mi querida duquesa! (dice, con tono afable la marquesa) ¿cuándo me envía usted mis encarguitos?... (la interrumpe con jovial sorpresa): —¿Y qué me habla usted?

—«De mis manguitos! —«Sus manguitos? ¡Jesús! ¡Amiga mía! ¡ay! sí, perdóneme usted... ¡picaro olvidé! al verla á usted aquí, yo me decía, y explicarme las dudas no podía... —«Yo tengo no sé qué de su marido!» De mañana no pasa; ¡tendrá usted los manguitos en su casa!

V.

A los dos ó tres días, la marquesa un día recibió de la duquesa, que para esto de lio; ¡carambola! siempre se pintó sola. —«Los manguitos? ¡Pues claro! Tres manguitos, tres pellejos muy toscos y feitos que to mismo servian para gorros, y que, por un un descuido, entre los dorros guardaban estas raras etiquetas: *Le Bon Marché*—MADRID—VEINTE PESETAS. Lances como este son extraordinarios, pero no necesitan comentarios.

BRINCOS.

Imprenta de LA BROMA, San José 2, bajo.